

Pandora, la primera mujer

El mito de Pandora, la madre de todas las mujeres, es el mejor ejemplo para comprender el lugar secundario de la mujer en la mitología y en la sociedad griegas.

Evidentemente, fue escrito por un hombre.

PROMETEO CREA Y CUIDA AL HOMBRE

El titán* Prometeo, que, como todos los seres de esta clase, destacaba por su estatura gigantesca y su fuerza descomunal, creó a los primeros hombres con arcilla. Su afecto por ellos lo llevó a ganarse la ira de Zeus y el peor de los castigos.

Todo comenzó cuando el padre de los dioses* decidió privar a la raza humana del fuego, tan necesario para la subsistencia de esta. Prometeo, al darse cuenta de lo infelices que eran los hombres, se ofreció a ayudarlos. Se introdujo a escondidas en el Olimpo* y robó semillas de fuego del carro ígneo del Sol para dárselas a la humanidad.

LA VENGANZA DE ZEUS

Cuando Zeus supo lo que había ocurrido, juró que se vengaría. Hizo encadenar a Prometeo, desnudo, a una roca del Cáucaso, donde un águila devoraba cada día su hígado, que se regeneraba por las noches.

El castigo para los hombres fue incluso más malévolos. ¡No podía ser que unos individuos tan insignificantes se salieran con la suya! Así que llamó a Hefesto para pedirle que creara a la mujer:

—Tienes que hacer una compañera para los hombres. Que sea tan bonita que no puedan resistirse a sus encantos.

—Como desees, padre. Y cuando la acabe, ¿qué hago con ella?

—Eso ya es cosa mía.

Hefesto se puso manos a la obra. Modeló a la mujer con arcilla a imagen y semejanza de las diosas inmortales y después pidió a cada una de las divinidades que le otorgasen una cualidad. No le faltaron la belleza, ni la habilidad manual, ni la persuasión, ni la gracia... Pero el señor del Olimpo insistió en que no se le otorgara una gran

inteligencia, ya que de esa ausencia dependía su plan.

—Ya está acabada. ¿No te parece sensacional?

Zeus, que era un experto en anatomía femenina, la revisó a conciencia y, finalmente, dio su aprobación.

—Hijo mío, esta vez te has superado. Le pondremos de nombre Pandora, «la que da todas las cosas».

Y en este punto estalló en risas por su propia ocurrencia, mientras Hefesto lo contemplaba lleno de curiosidad sin comprender lo que le parecía tan gracioso a su progenitor.

El siguiente paso en la estrategia de Zeus consistió en entregar Pandora a Epimeteo, hermano de Prometeo, quien ya le había aconsejado sobre el tema:

—Por nada del mundo aceptes ningún regalo que provenga de Zeus. Seguro que será una trampa.

Pero cuanto más contemplaba Epimeteo a la mujer, más difícil le parecía encontrar nada peligroso en ella. ¡Era tan hermosa! Cuantas más vueltas daba al asunto, más se convencía de que

Prometeo le había aconsejado dejándose llevar por la envidia, con el objeto de privarlo de una compañera tan preciosa. ¡Sobra decir que Epimeteo no era ni mucho menos tan inteligente como su hermano!

Zeus, harto de tantas cavilaciones, lo increpó:

—¡Eh, titán! ¿Ya te has decidido? Piensa que es una oportunidad única, que hay muchos dioses que pelearían por ella.

—De acuerdo. Me la quedo.

—Formáis una pareja estupenda. Y para que veas cuánto os apreciamos desde el Olimpo, os entrego estos regalos de boda.

LA CURIOSIDAD DE PANDORA

Entre los obsequios había una caja que las divinidades les recomendaron no abrir jamás. Pandora, que era de natural curioso, no podía dejar de mirarla y se estrujaba el cerebro intentando adivinar qué podía haber dentro que hiciera aconsejable no abrirla.

Un día, después de haberle dado muchas vueltas, decidió que, por destaparla solo un poco, no

podía suceder nada. Convencida de ello, la abrió y echó una pequeña ojeada. Sin embargo, súbitamente, de su interior surgieron en forma de nube todos los males que pueden infestar a los seres humanos: la vejez, la enfermedad, la pobreza, el vicio, la locura... Todos ellos penetraron en los cuerpos de Epimeteo y de su mujer y, a través de ellos, de toda la raza humana.

Pandora, asustada por lo que acababa de desencadenar, cerró la caja lo más rápido que pudo, pero solo consiguió que no escapase la esperanza, lo único bueno que aquel recipiente guardaba en su interior y que hubiese servido para confortar a la humanidad de tantos males a partir de ese momento.